



Hamid Ismailov

La historia del
prodigioso Yerzhán

TRADUCCIÓN DE
MARIA GARCÍA BARRIS

Un hombre atraviesa en ferrocarril la infinita estepa de Kazajistán. En una de las paradas que hace el tren en un remoto apeadero sube a bordo un niño de unos doce años interpretando magistralmente al violín una de las *Danzas húngaras* de Brahms. Al instante, los pasajeros despiertan de su sopor. Sin embargo, muy pronto el viajero descubre que el pueril violinista es en realidad todo un hombre de veintisiete años. Así comienza el relato de la fabulosa historia de Yerzhán, una evocadora parábola sobre las secuelas de la Guerra Fría en las remotas regiones de la antigua Unión Soviética, pero también un canto a todas las cosas que ni siquiera los actos más devastadores e insensatos de la humanidad lograron destruir.

Entre 1949 y 1989, en un polígono llamado Semipalatinsk, se realizaron un total de 468 pruebas nucleares, de las cuales 124 fueron explosiones atmosféricas y 343 subterráneas. La potencia total de las explosiones nucleares experimentadas en la atmósfera y en la superficie del polígono (una zona habitada) supera dos mil quinientas veces la potencia de la bomba lanzada por los estadounidenses en 1945.

Esta historia empezó de la forma más prosaica posible. Yo atravesaba en tren la infinita estepa de Kazajistán. El viaje había durado cuatro noches. En las remotas estaciones los guardavías golpeaban las ruedas con sus martillos mientras lanzaban imprecaciones en kazajo, y yo descubría con orgullo que las entendía. Durante el día las plataformas y los pasillos de los vagones se llenaban con las versiones femeninas e infantiles de la misma lengua. En las estaciones cada vez se congregaban más vendedoras, todas mujeres, de lana de camello, pescado secado al sol o simplemente bolitas de leche agria seca.

Eso fue hace mucho tiempo, desde luego. Quizá hoy en día las cosas hayan cambiado. Aunque, no sé por qué, lo dudo.

A lo que iba, yo me encontraba en un extremo del vagón mirando –era el cuarto día– la aburrida y monótona estepa, cuando en el otro extremo apareció un niño de unos diez o doce años. Tenía un violín y enseguida se puso a tocarlo de una forma tan atrevida y hábil que al instante todas las puertas del compartimento se abrieron y los adormilados pasajeros asomaron la cabeza. No interpretaba una pieza cualquiera de aire zíngaro o de colorido local; no, el muchacho interpretaba a Brahms, una de las famosas *Danzas húngaras*. Y tocaba mientras avanzaba por el vagón en dirección a mí. De pronto, cuando el vagón entero lo contemplaba boquiabierto, dejó de tocar a medio compás, se puso el violín al hombro como si fuera un fusil y gritó con una voz fuerte y en absoluto infantil: «¡Bebida local! ¡Cien por cien orgánica!». Del otro hombro se descolgó un saco de tela y extrajo una enorme botella

de plástico con ayran o kumis. No sé por qué, en ese momento me precipité hacia él.

–Chaval –pregunté–, ¿cuánto pides por tu kumis?

–En primer lugar, el kumis no es mío, sino que es de yegua, en segundo lugar no es kumis, es ayran y, para terminar, ¡no soy ningún chaval! –respondió desafiante el chiquillo en un ruso perfecto.

–¡Pues una niña no eres! –dije de forma torpe para limar asperezas.

–¡No soy ninguna mujer, soy un hombre! ¿Quieres que te lo demuestre? ¡Quítate los pantalones! –volvió a replicar el joven en voz muy alta para que lo oyera todo el vagón.

Yo no sabía si enfadarme o intentar tranquilizarlo. A fin de cuentas, esa era su tierra, y yo estaba de visita, así que suavicé el tono y le dije:

–¿Te he ofendido? En ese caso, perdóname... Interpretas a Brahms divinamente...

–¿Ofenderme tú? Si hay que ofender a alguien, me las pinto solo... No soy ningún chaval. No te fijes en mi altura, tengo veintisiete años. ¿Te enteras? –dijo a media voz.

Me quedé pasmado.

Así empezó la historia. Como ya he dicho, tenía el aspecto de un niño completamente normal de diez o doce años. Carecía de los rasgos anómalos que lo habrían marcado como un liliputiense o enano, no tenía las extremidades desproporcionadas, ni arrugas en la cara ni nada por el estilo.

Por supuesto, al principio no le creí, lo que se traslució en mi expresión.

–Que sí, mira mi pasaporte. –Y con un movimiento estudiado se sacó el documento de un bolsillo interior.

Mientras vendía el ayran a unas mujeres entusiasmadas («¿Dónde aprendiste a tocar así? ¿Sabes tocar *Ojos ne-*

gros? ¿Y Katiuska?»), me quedé ahí de pie como un bobo examinando el documento y el rostro alternativamente: todo coincidía. Desde la fotografía del pasaporte me miraba el rostro fresco de un niño.

–¿Cómo te llamas? –le pregunté.

–Yerzhán –replicó, y señaló el pasaporte con el dedo.

–¿Me vendes un poco de... tu... ayran? –murmuré torpemente en tono de disculpa.

–¿Brahms, dices? Es la última botella, toma. Lo he vendido todo... –dijo mientras le devolvía el pasaporte.

Fuimos a mi compartimento a buscar dinero, y como el anciano que se sentaba enfrente de mí dormía profundamente, le propuse a Yerzhán que tomara asiento, y añadí que no tenía ningún sentido que permaneciéramos de pie si podíamos sentarnos.

–¿Hay algo que tenga sentido? –volvió a replicar mordaz.

Me pareció que la pregunta no iba dirigida a mí sino a ese tren que galopaba por la estepa, a esa estepa resplandeciente que se extendía por la tierra, a una tierra que giraba a gran velocidad entre la luz y la oscuridad, a esa oscuridad que...

PRIMERA PARTE

DO
ANTES

Yerzhán nació en la pequeña estación de Kara-Shagán de la línea ferroviaria de Kazajistán oriental, en el seno de la familia de su abuelo Daulet, uno de esos guardavías que por las noches golpeaban con sus martillos las ruedas de metal y las zapatas de los frenos, y de día, tras recibir una llamada telefónica del jefe de circulación, salía a cambiar las agujas para que algún viejo convoy de mercancías se detuviera en una vía secundaria donde esperaba el paso de un tren rápido o expreso de viajeros como el nuestro.

En la partida de nacimiento de Yerzhán, bajo el epígrafe «Padre» solo había una línea gruesa, y en la única entrada escrita, bajo «Madre», aparecía la hija de Daulet, Kanys-hat, que vivía también en la estación que todo el mundo llamaba «apeadero». El «apeadero» estaba formado por dos casas de ferroviarios. En una vivía, además de Yerzhán y su madre, su abuelo, su abuela Ulbarsyn, y el hijo menor de estos, el tío Kepek. En la otra casa de la estación vivía la familia del último compañero de turno del abuelo Daulet, el difunto Nurpeis: la viuda Sholpán, su hijo Shaken y la mujer de este, Baichichek, que procedía de la ciudad, y la hija de ambos, Aisulu, un año menor que Yerzhán. Nurpeis había muerto arrollado por un tren que no estaba programado.

Esta era toda la población de Kara-Shagán, sin contar con medio centenar de ovejas, cinco vacas, tres asnos, dos camellos y el caballo *Aigyr*, que pertenecía a las dos familias. Es cierto que también había un perro, *Kapty*, pero como pasaba la mayor parte del tiempo en casa de Aisulu, Yerzhán no lo consideraba suyo, de igual modo que no tenía en cuenta las nidadas de pollos y un par de gallos es-

candalosos, pues estos se multiplicaban y reducían de forma incomprensible, de manera que ninguno de los habitantes de Kara-Shagán podía saber cuántos eran.

La multiplicación de una forma incomprensible es un asunto relevante en esta historia, pues de hecho nadie, salvo quizá Dios, sabía cómo ni de quién Kanyshat se había quedado embarazada de Yerzhán. Repudiada desde ese momento por su padre, no pronunciaba ni una palabra sobre el tema delante de su hijo «concebido inmaculadamente». Y todo lo que Yerzhán sabía era lo que le había contado su abuelita Ulbarsyn. A los dieciséis años, Kanyshat corrió hacia la estepa en pos de su pañuelo de seda arrastrado por el viento, y el viento de la estepa, como si se burlara, la llevó más y más lejos, hacia el interior, hacia donde se ponía el sol. Luego ocurrió algo fantástico, que Yerzhán no conseguía entender: de pronto el sol, que estaba a punto de ponerse, volvió a ascender al cielo y a brillar, un temblor que venía del horizonte recorrió la tierra, el viento que silbaba se interrumpió en seco y luego se reanudó con una gran fuerza e hizo que el polvo de la estepa ascendiera en forma de remolino negro hasta el cielo; y cuando Kanyshat, más muerta que viva, se encontró en el fondo de un barranco, sobre su cuerpo arañado y ensangrentado había un ser que parecía de otro mundo y llevaba traje de astronauta.

Tres meses después, cuando el embarazo se hizo evidente, Daulet se enfureció, la golpeó con crueldad y la maldijo. Si no hubiera sido por Kepek y Shakén, que apartaron al anciano encolerizado de la hija medio muerta y la llevaron a casa de la anciana Sholpán, ni Kanyshat ni su hijo Yerzhán seguirían en este mundo.

Desde aquel día Kanyshat había enmudecido.

Pero aunque la madre de Yerzhán permaneciera en silencio, las otras mujeres, y en especial las dos ancianas, Ulbarsyn y Sholpán, no hacían más que chismorrear, como decía el abuelo.

Yerzhán recordaba que las atroces noches de invierno, cuando la gélida nieve barrida por un viento sibilante penetraba por todas las rendijas de la ventana, él se metía debajo de la manta de camello junto a su abuela y esta le contaba infinidad de relatos mientras le rascaba el culo, que le escocía a causa de las lombrices.

–En el noveno cielo crece el árbol sagrado de Tengri, Kayin, de cuyas ramas, como si fuera una hoja, cuelga el *kut*.

–¿Qué es un *kut*? –preguntaba Yerzhán temblando de frío, sorprendido del parecido de esta palabra con *kiot*, que significa «culo».

–Es la felicidad: cuando uno está caliente y satisfecho –respondía la abuela y continuaba–: Cuando estabas a punto de nacer, tu *kut* cayó del árbol sobre nuestra casa a través de la chimenea. Todo se debe a la voluntad de Tengri y nuestra madre Umai. El *kut* cayó en el vientre de tu madre y en su vientre tomó la forma de un gusano rojo...

–¿Es el que tengo en el culo?

La anciana se rio por lo bajinis y con la misma mano arrugada con que le había rascado el culo, le dio un cachete en la mejilla:

–Eres un pequeño charlatán, duérmete, o si no la madre Umai se enfadará ¡y se llevará tu *kut*!

A la noche siguiente se quedó a dormir en casa de la abuela Sholpán porque quería estar con la dulce Aisulu, a la que ya había mordisqueado la oreja para poder casarse con ella. Entonces la abuela Sholpán le contó cómo había nacido e incorporó en su relato al hijo de Tengri, Gesar.

–Tengri envió a Gesar a la tierra, a un reino de la estepa que no tenía rey.

–¿Te refieres al nuestro? –la interrumpió Yerzhán.

Pero la abuela Sholpán le lanzó una mirada aterradora y prosiguió:

–Para que nadie lo reconociera –dijo la abuela Sholpán pellizcándole la nariz a Yerzhán–, Gesar bajó a la tierra co-

mo un mocosito corriente como tú.

Yerzhán se puso a lloriquear. Le dolía la nariz, y como la abuela temía despertar a Aisulu, que dormía en la cuna, le soltó la nariz y prosiguió:

–Solo que Kara-Chotón, que era su tío como Kepek lo es tuyo, averiguó que Gesar no era un chiquillo cualquiera, sino que tenía naturaleza divina, y empezó a perseguirlo para destruir al sobrino antes de que creciera. Pero Tengri siempre salvaba a Gesar de las malvadas artes de Kara-Chotón. Cuando Gesar cumplió doce años, Tengri le envió el mejor corcel del mundo, y Gesar ganó la célebre carrera de caballos para conseguir la mano de la hermosa Uрмаi-sulu, y conquistó el trono del reino de la estepa.

–Kazaj... –empezó a decir Yerzhán, pero al ver la mirada incisiva de la abuela se calló de inmediato.

–Pero el valiente Gesar –prosiguió la mujer– disfrutó poco tiempo de la felicidad y la tranquilidad. Un terrible demonio, el caníbal Lubsán, atacó su reino desde el norte. Pero la esposa del caníbal Lubsán, Turnen Dzhergalán, se enamoró de Gesar y le confió el secreto de su marido. Gesar utilizó el secreto y mató a Lubsán. Turnen Dzhergalán no perdió el tiempo y le dio a beber la poción del olvido para que Gesar quedara atado a ella para siempre. Gesar se bebió la poción, olvidó a su amada Uрмаi-sulu y se quedó con Tumén Dzhergalán.

»Mientras tanto, en el reino de la estepa se produjo una revuelta y Kara-Chotón forzó a Uрмаi-sulu a casarse con él. Pero Tengri no abandonó a Gesar y le liberó del hechizo a la orilla del Mar Muerto, donde Gesar vio el reflejo de su corcel mágico. A lomos de ese corcel regresó a casa, al reino de la estepa, mató a Kara-Chotón y liberó a su Uрмаi-sulu...

Hacía rato que Yerzhán dormía plácidamente acurrucado en el regazo cálido de la abuela Sholpán. Pero en su sueño continuó la aventura, cabalgó en corcel y liberó a Uрмаi-sulu.

Los caminos de la estepa –aunque sean las vías del ferrocarril– son largos y monótonos y el único modo de acortarlos es por medio de la conversación. Yerzhán contaba su vida de un modo parecido a ese camino, sin curvas ni retrocesos. Su relato fluía del mismo modo que al otro lado de la ventanilla los cables pasaban de poste a poste, acompasado por el martilleo de las ruedas. Recordaba su lejana infancia como un continuo ir y venir de su casa a la de Aisulu, no solo para contemplar a la bella que aún no hablaba, a la que había mordisqueado la oreja en señal de temprano compromiso, sino sobre todo por los brillantes objetos de metal que traía el tío Shakén. Cada vez que se iba a trabajar, Shakén desaparecía durante meses. Trabajaba en algún lugar de la estepa. Pero ya nos ocuparemos de esto más adelante, como del televisor que Shakén trajo de la ciudad.

Pero antes de todo eso... Antes de todo eso:

–¡A las mujeres lo único que les gusta es darle a la sin hueso! –dijo el abuelo atándose al chiquillo a la espalda con el cinturón y montó en el caballo de color gris ceniza. Era un día de primavera. Salieron galopando por la estepa, más allá de las vías del tren, que el abuelo dejó al cuidado de su hijo Kepek. Galoparon en silencio por la hierba húmeda que empezaba a brotar y por entre los tulipanes de la estepa, galoparon sin más, y el viento aún gélido que se colaba por los costados, a Yerzhán le quemó las mejillas agrietadas.

Cabalgaron hasta una hondonada rodeada de colinas. El abuelo dijo:

–Aquí te encontramos, hijo mío...

Y allí, más allá de la hondonada en cuyo fondo se oía la ruidosa corriente de la primavera, al otro lado del puente colgante de madera, se extendía una alambrada de espinos por la estepa. El abuelo volvió la grupa de su corcel

cubierto de sudor y exclamó señalando con el látigo: «¡La Zona!». En ese momento el niño notó que una mosca le zumbaba en los oídos, un moscardón de esos que revoloteaban todo el santo día sobre las vacas, un moscardón que de pronto se transformó en la sonora palabra *zona*...

Y la palabra empezó a zumbear en la imaginación del niño.

El tío Shakén trabajaba como vigilante en la Zona.

Entonces, allí en la hondonada, el abuelo desató y extendió el cinturón con el que tenía atado a Yerzhán a la espalda, se sacó el *dombra* del hombro y cantó:

*Con un año estoy en la cuna,
a los cinco, soy una criatura del Señor,
a los seis, soy como el polen del abedul,
a los siete, soy el polvo de la tierra y su putrefacción,
a los diez, soy como un cordero de leche,
a los quince bailo como un duende y un gnomo...*

¿Cómo podría haber imaginado Yerzhán que la antigua canción –quién sabe por qué se le habría ocurrido cantarla al abuelo Daulet–, trataba de él, de su vida futura...?

A Yerzhán la historia del rey Gesar se le grabó muy hondo en el corazón. Mientras la abuela Ulbarsyn le quitaba del cabello los piojos que habían engordado durante el invierno, Yerzhán le preguntó cómo era Gesar y cómo se le podía reconocer.

–El rey Gesar era un chiquillo travieso y revoltoso cuando aún no tenía pito –le dijo la abuela esperando que el niño dejara de moverse y de molestarla. Quería que se es-

tuviera quieto una hora o más para eliminar no solo los piojos sino también las liendres y luego lavarle la cabeza con leche agria. Cuando acabó con el pelo, le pidió que se quitara los calzoncillos. Rebuscó las liendres escondidas en las costuras de sus pantalones, para aplastarlas y eliminarlas con las uñas. Pero Yerzhán no pudo esperar. Corrió con el culo al aire a la casa vecina a ver a la pequeña Aisulu. A continuación examinaron por turno el pito pequeño y arrugado de él y la envidiada ausencia del mismo en la traviesa Aisulu.

Con idéntico celo vigiló Yerzhán a su perezoso tío Kepek, por si este intentaba acosarlo. Sin embargo, Kepek pasaba la mayor parte del tiempo tumbado en la única cama de hierro de toda la casa, y por las noches sustituía a su anciano padre en las agujas o hacía guardia esperando los convoyes nocturnos con el martillo de la familia.

A veces Kepek llegaba a primera hora de la mañana completamente borracho y sin más ponía toda la casa patas arriba, gruñendo y soltando improperios. Los suspiros y gemidos de la abuela despertaban a Yerzhán, que estaba preparado para recibir una paliza de la carne de su carne. Pero su tío solo gritaba que se marcharía de allí para siempre, que estaba harto y cansado de todo, ¡a la mierda con esa vida asquerosa! Y montando de un salto en el caballo gris de su padre, se alejaba galopando por la inmensa estepa, donde en la oscuridad que se iba disipando se perdían su voz, su imagen, su ira...

La historia de la abuela Ulbarsyn no era lo único que se le había grabado profundamente en el corazón a Yerzhán. También se le quedó grabada la música que tocaba su abuelo con el dombra. Cuando nadie lo miraba descolgaba el instrumento del clavo que había en lo alto de la pared. Y mientras el abuelo daba golpes de martillo a los vagonones, Yerzhán rasgueaba las cuerdas del dombra, imitan-

do la expresión ceñuda y la voz ronca de su abuelo. No le costó mucho aprender algunas melodías conocidas, y luego, con la misma sagacidad con que vigilaba el comportamiento de su tío Kepek, empezó a memorizar los movimientos de los dedos de su abuelo. Al día siguiente, mientras Daulet estaba fuera y la abuela había ido a ver a la abuela Sholpán, el niño repetía con celo el movimiento de los dedos por el cuello del dombra. Muy deprisa y sin apenas darse cuenta, se aprendió casi todo el repertorio del abuelo Daulet, pero no fue el abuelo quien le descubrió, ni siquiera la abuela Ulbarsyn, sino el tío Kepek, que iba borracho y se equivocó de habitación una vez más. ¡Con que emoción se puso a besar todos y cada uno de los deditos de su pequeño sobrino, cómo derramó su baba de borracho sobre ellos! «¡Qué fuerza celestial! ¡Qué sonido celestial!», exclamaba mientras balanceaba su cabeza greñuda. Esa misma noche un Kepek medianamente sobrio reunió a las dos familias delante de la casa e hizo salir por la puerta a su sobrino de tres años. A continuación anunció que el concierto estaba a punto de empezar. Y Yerzhán dio el primer concierto de su vida sentado en el umbral de su casa.

El abuelo estaba tan emocionado que inmediatamente afinó el dombra del grave al agudo para que al chiquillo le fuera más fácil cantar. Y además todas las noches se dedicaba a ensayar con Yerzhán, recordando viejas melodías y canciones tradicionales de la época de su juventud. En tres meses Yerzhán aprendió todo lo que el abuelo había acumulado a lo largo de su vida, tanto las melodías como las letras. El niño se empapó de la sabiduría centenaria de los kazajos atesorada en las canciones, de la misma manera que la tierra de la estepa se empapa con las lluvias primaverales y se convierte en tamarisco verde y hierba pluma, amapolas y tulipanes encarnados.